

# BOLETIN HERESIOLOGICO

## HERESIOLOGOS ESPAÑOLES EN GENERAL (1)

(Continuación.)

I. El eximio historiador eclesiástico y célebre investigador de Archivos y Bibliotecas, P. Enrique Flórez, O. S. A., publicó en 1743 la *Clave Historial*. Lo que en ella se pretende nos declara el título de la portada. *Clave historial con que se abre la puerta a la Historia Eclesiástica y Política descubriendo las cifras de la Cronología y frases de la Historia para el fácil manejo de los historiadores. Con la cronología de los Sumos Pontífices y los Emperadores y breve apuntamiento de sus vidas. Todos los reyes de España, Italia y Francia, con los orígenes de todas las Monarquías desde Cristo hasta hoy. Concilios y sus motivos: Herejes y sus errores, Santos y Escritores más clásicos. Con los sucesos memorables de cada siglo.* Dedicóla a la ilustre juventud española. Pronto se multiplicaron las ediciones de una obra tan provechosa: en 1854 se imprimía por décima octava vez.

Desde la segunda impresión advertía que de nuevo «añadía los tiranos del imperio romano, reyes suevos de Galicia, nombres de nuestras reinas, otras cosas de reinados presentes, con la medalla del almirante Vernon, y, sobre todo, una breve disertación sobre Lucífero, Obispo de Caller». Como claramente lo indica el título, se destinaba una sección a reseñar los herejes y sus errores. Débese observar que hasta el siglo XVI va en la Clave esta sección separada de la de los Concilios y sus motivos; pero en las dos últimas centurias XVII y XVIII se juntan, no constituyendo ambas sino un párrafo con el epígrafe de Concilios y Herejías.

Da el preclaro historiador razón de unas 80 herejías. En el siglo I se comprenden las de Simón Mago, Menandro, Cerinto y Ebión, Nicolaitas, Basílides, Himeneo y Saturnino; en el XVIII varios renue-

---

(1) ESTUDIOS ECLESIASTICOS, tom. IV. núm. 16, págs. 392-415.

vos del protestantismo, los puritanos o presbiterianos, episcopales e independientes. Admira que no haga memoria de Jansenio y sus secuaces, cuyas perniciosas doctrinas tan hondas perturbaciones produjeron en la cristiandad y tan acerbos polémicas suscitaron en diferentes naciones.

Extiéndese poco en la narración de los sistemas; no hace sino desflorar sus enseñanzas. No señala con toda precisión las fechas en que nacieron, ni las fuentes de donde saca sus noticias. Admite, conforme a la crítica de su tiempo, varios hechos que hoy se reputan por fabulosos e inseguros. De Simón Mago atestigua que «queriendo andar por los aires cayó por oración de San Pedro, y quebrándose las piernas no pudo andar el que quiso volar». Es, a juicio de los críticos modernos, un relato ficticio de las pseudo clementinas; afirma de Nestorio que desterrado al desierto de Oasis «murió corrompida la lengua de gusanos por haberla sacado contra el cielo de la Madre Virgen»; y de Joviniano que «murió de un hartazgo». Lo cierto es que los historiadores desconocen las circunstancias, el tiempo y lugar del fallecimiento de esos heresiarcas.

Como es tan conciso y lacónico en la exposición de los sistemas heréticos, éstos, en ocasiones, se ofrecen con alguna imprecisión. «Los monotelitas, dice, no admitían dos voluntades en Cristo. Y lo mismo los georgianos pueblos de Georgia y Gurgestán, así llamados por la veneración que tenían a San Jorge.» Lo que los monotelitas sostenían era que en Jesucristo había una sola voluntad y una sola operación; por eso se les apellidaba o monotelitas o *monorgetas*. Entendían una voluntad física, aunque Sergio, el patriarca de Constantinopla, para deslumbrar y envolver en las redes del engaño al Papa Honorio, fingía hablar de una voluntad moral.

Atestigua el P. Méndez, O. S. A., que «no le han faltado a este libro contradicciones, pues fué delatado al Santo Tribunal de la Inquisición por un médico sardo que residía en Madrid...: En el Santo Tribunal no tuvo efecto aquella delación, y en este intermedio publicó el Maestro Flórez la 2.<sup>a</sup> edición (3.<sup>a</sup> corrige con acierto el agustino P. Gregorio de Santiago) ingiriendo en ella la disertación de Lucifer, Obispo de Calabria, que fué por lo que la delataron; lo que no dejó de contribuir al séquito de su extensión y fama». Había escrito el P. Flórez de aquel Prelado, que, aunque cismático, no podía ser calificado de hereje. En la disertación preliminar ratifica su

sentencia con testimonio de los Santos Ambrosio, Jerónimo, Agustín, Inocencio I, coetáneos del Obispo calabrés, y con la autoridad reconocida de varios autores recientes. En la cuestión de si murió o no cismático, discuten los escritores y Flórez no intenta resolverla ni dirimir la contienda.

Esta erudita disertación se arrancó de cuajo en la impresión décimasexta que hizo el P. la Canal. ¿Por qué causa? No la declara el esclarecido editor; pero es cosa bien rara y poco laudable que suprimiera un trabajo tan bien pensado y que no podía originar sino gloria al grande historiador. En recompensa introdujo otros aditamentos. Al referir los extravíos del siglo XVIII cambió el epígrafe «Concilios y Herejes», puesto por Flórez, en «Enemigos de la Religión», modificó algunas frases y completó el párrafo de esta suerte: «En otros países siguen los socinianos y arminianos, los quákeros, y principalmente han metido mucho ruido los fracmasones (sic). Todas estas extravagantes sectas son enemigas de la Religión; pero otros la han hecho más daño, y son los incrédulos e impíos, que la han acometido en sus mismos fundamentos. No es fácil clasificarlos; sin embargo, se les puede dividir en Deístas, Ateístas, Materialistas y Escépticos. A favor de la ignorancia y corrupción han llegado a hacer de moda la incredulidad que, cual un torrente violento que no halla diques, ha cundido por toda la tierra, y debe excitar el celo de los Pastores de Israel.»

Estas mejoras, aunque no transcendentales, avaloran la clave histórica, acrecientan su grande utilidad y consolidan el aprecio y estima que mereció, desde su aparición, a los amantes de los estudios históricos.

2. En la preciosa Clave del P. Flórez se inspiró en parte para tejer su heresiología D. Francisco Pérez Pastor, traductor del *Diccionario Portátil de los Concilios... A qué se ha añadido una colección de los Cánones más notables...* Madrid, en la Imprenta Real de la *Gaceta*, año 1711. Son dos tomos en 4.º, de 532 y 531 páginas de texto, a dos columnas, y buena impresión. En el segundo volumen, páginas 475-531, incluye un *Compendio alfabético de todos los Herejes y principales Herejías que se han suscitado desde los tiempos de la Ley Escrita hasta nuestros días*. En la portada del Diccionario se encarga el Sr. Pérez Pastor de significarnos que a su industria y labor se debe el citado Compendio. Hace la reseña de 531 herejías; empieza por la

de Pedro Abailardo (sic) y termina por la de Zuinglio. Expone sumariamente la doctrina de cada sistema erróneo; sirva de ejemplo el artículo de Abelardo: «natural de Bretaña, grande filósofo, pero hereje señalado, establecía alguna cosa eterna además de Dios, y enseñó grados desiguales en las divinas personas y otros errores sobre el Santísimo Sacramento. San Bernardo escribió contra él y le confundió en un Concilio Senonense, donde quedó condenado. Apeló a Roma, y fué también condenado; abjurando sus errores en Cluni, por solicitud de Pedro Venerable se hizo religioso y murió santo».

No es siempre tan minucioso; a veces se contenta con bastante menos. De Bulingero (sic) afirma únicamente lo que sigue: «calvinista famoso, que escribió contra Brema luterano el año 1563». Pero tiene el buen acuerdo de poner las citas de las fuentes que beneficia. En la mentada noticia de Abelardo dice al final: Trith. l. 2, de los *Escrít. Ecl.*, San Bernardo, *Epíst.* 188 y 189; Flórez, *Clav. Hist.*, pág. 118. A este esclarecido historiador sigue mucho y a veces le copia al pie de la letra, v. gr., en Servet o Serveto, según ellos escriben, a quien ambos malamente hacen catalán.

Su criterio no aparece muy depurado: acoge consejas y patrañas indignas de la historia: «Muchos defienden, dice, que Berengario o Berenguer era mágico, y que en una misma noche se hallaba en Roma, y leyó en Tours una lección a un discípulo suyo». «Olympo, Obispo arriano, el cual blasfemando un día en Cartago contra la divinidad del Hijo de Dios, fué muerto de tres rayos, y abrasado su cuerpo con fuego del cielo».

No aduce, por lo regular, fechas, ni noticias biográficas de los heterodoxos, ni explana mucho, según queda indicado, las herejías; resulta, por lo tanto, pobre; mas el Compendio puede prestar buen servicio a los que intenten conocer en un instante lo característico de cada teoría herética.

3. No podemos sepultar en silencio una obra que bajo algún aspecto pertenece a la heresiología. Aludimos a la *Historia de las Persecuciones políticas y religiosas en Europa desde la Edad Media hasta nuestros días. Obra única en su género. Galería Política, Filosófica y Humanitaria imparcial y concienzudamente escrita; recopilada de las historias de todas las naciones de Europa, de las de sus religiones, sectas, escuelas y partidos, revoluciones, reacciones, procesos y tribunales célebres, publicadas por los más sabios filósofos, estadistas e historiadores de todas las épocas y de*

*los documentos que se encuentran en las principales bibliotecas de Europa por D. Alfonso Torres de Castilla. Edición de gran lujo ilustrada con profusión de magníficas láminas abiertas en acero, debidas al buril de los más célebres artistas de Inglaterra, Francia y España.* Barcelona, Imprenta y Librería de Salvador Manero, Rambla de Santa Mónica, número 2, frente a Correos, 1863. Consta de seis tomos en 4.º mayor, impresos de 1863 a 1866. Tiene el 1.º 945 páginas, el 2.º 846, el 3.º 1.017, el 4.º 982, el 5.º 1.206 y el 6.º 1.104. El texto es a línea tirada.

Según se colige del largo y pomposo título de la obra, pueden en ella distinguirse dos partes: una se refiere a la política y sale del marco de nuestro argumento; otra a la religión y entra de algún modo en nuestro distrito; pues aunque el autor trata con especial empeño la historia de las persecuciones, pero también describe los sistemas doctrinales de sus héroes. Siguiendo un orden más o menos cronológico, a veces harto caprichoso, habla de los maniqueos, albigeneses, judíos, Prisciliano y los gnósticos, iconoclastas, valdenses, hechiceros y magos, Abelardo, Arnaldo de Brescia, Mauri, popelicanos, Savonarola, Lutero, Zuingli (así dice), Calvino, Servet, Enrique VIII, hugonotes, la reforma en diversas naciones, Jordano Bruno, Marco Antonio de Dominis, Campanela, Galileo, jansenistas, cuáqueros, Molinos, Ricci, Gioberti y francmasones. En la exposición de las doctrinas se concreta frecuentemente a transcribir lo que han escrito historiadores recientes sin tener la precaución de acudir a documentos y autores coetáneos o testimonios fehacientes. A menudo deja de poner las citas de los libros en que se inspira o los recuerda de un modo ininteligible, como v. gr., «el P. Suárez en su *Trip. Virt. Theolog.* parte 2.ª, disp. 23, sect. 1.ª, núm. 7, pág. 350, obra publicada con aprobación del inquisidor general, del ordinario, y de los provinciales de los jesuitas de Portugal y de Alemania». En verdad, no es cosa fácil descifrar ese jeroglífico. Y con frecuencia ocurren semejantes nebulosidades en la declaración de las sentencias que no siempre parece entenderlas el autor. Mencionando a Jerónimo Hus asevera que creía «que la transubstanciación es un hecho contrario al orden natural, en el cual la substancia desaparece en tanto que resta en cualquier otro caso, y en esto Hus estaba de acuerdo con los teólogos escotistas que todos admiten el universal a parte rei». ¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo...?

Pero todo ello se podía perdonar al Sr. Torres de Castilla, en

gracia de las muchas y diversísimas noticias de todo género que alega en su obra, si le hubiera impreso otro giro y carácter; porque la historia de las persecuciones es una especie de novela por entregas, truculenta, terrorífica, espeluznante; todo en ella se vuelve sangre, hogueras inquisitoriales, orgías de caníbales, horcas, patíbulos, hecatombes, robos, talas, saqueos y fieros males, o en frases del autor, «incendios de campos y ciudades, grandiosos monumentos del arte demolidos, templos profanados, niños arrancados del seno de sus madres afligidas, ancianos decrepitos pasados al filo de la espada, extrañamientos y expatriaciones en masa, razas esparcidas en los desiertos como torbellinos de arena arrebatados por los huracanes, etc.»

El autor ha recogido sin tino ni discreción de diversos escritores escenas horripilantes y las ha introducido en su obra, y las considera como dictadas por oráculos bajados del cielo. Ni las coteja con otras historias y documentos de los adversarios, ni examina con serenidad sus afirmaciones, ni tiene en cuenta las costumbres, usos, creencias, leyes, procedimientos de cada época. Su criterio es anticlerical y sectario y parcialísimo. Cífrase su intento en probar que «vencedores a su turno los cristianos cambiaron el papel de víctimas por el de verdugos y persiguieron con implacable furor a los vencidos paganos y gentiles primero, a judíos y mahometanos después, y lo que es más repugnante todavía se persiguieron unos a otros, multiplicando los tormentos y, excediendo en fanática crueldad a sus antiguos adversarios, hicieron cuanto estuvo en su mano para comprometer y deshonar la religión de amor y de paz revelada por el Redentor que pedía a su Padre en el Calvario el perdón de sus enemigos».

A las personas de índole delicada y sensible se les hará insoporable tanto vaho de sangre; a los eruditos y sensatos se les caerá de la mano el libro por no hallar en él ni copiosa y escogida documentación, ni sólido raciocinio, ni narraciones bien trabadas; pero a los incautos y desprevenidos, a los jóvenes poco instruidos en las enseñanzas históricas, de imaginación viva y ardiente, puede causarles grave daño haciéndoles concebir una idea falaz y engañosa de la Religión Católica, y de sus prelados y ministros.

4. La erudita obra de César Cantú *Gli eretici d'Italia* puso don Manuel González Llana en castellano con el siguiente título: *Los Herejes de Italia por César Cantú. Traducida por D. Manuel González*



*Llana. Primera edición española. Obra ilustrada con magníficas láminas, que representan vistas de las principales ciudades de Italia y retratos litografiados a dos tintas de los personajes célebres antiguos y contemporáneos.* Madrid. Editores: Elizalde y Compañía, 1868. Un volumen en folio menor de 802 páginas; texto a línea tirada; impresión y papel magníficos.

El libro encierra 56 discursos en los que se reseñan las herejías, cismas y errores que, como mala yerba, brotaron en el campo de la Iglesia desde su cuna hasta el pontificado de Pío IX. Van desfilando por sus páginas los maniqueos, arrianos, iconoclastas, simoníacos, concubiniarios, averroístas, patavinos, fraticelos, cátaros, valdenses, protestantes, jansenistas, astrólogos, unitarios, teúrgicos, racionalistas, filósofos independientes, pistoyanos, liberales y neo-güelfos; dáse noticia de los principales corifeos del error: Arnaldo de Brescia, Renata de Francia, Valdés, Grillenzoni, Trissino, Paulo Martín Vergerio, Pomponazzi, Ochino, Caracciolo, Molinos, Pedro Mártir Vermiglio, Curione, Paleario, Morata, Socinos, Febronio, Tamburini, Gioberti: se narran las aventuras y controversias de hombres tan inquietos y soñadores como Maquiavelo, Galileo, Jordano Bruno, Savonarola, de Dominis, Sarpi, Campanella y Manzoni. Muchos de los errores que refiere el esclarecido autor no son exclusivos de Italia; sino que nacidos en otras regiones se esparcieron por ella, así como por otros pueblos de la tierra.

No corrieron sin tropiezos ni dificultades; la autoridad eclesiástica y a veces también la seglar, excelentes polemistas y sabios religiosos las combatieron denodadamente y refrenaron la osadía de los heterodoxos y sembradores de cizaña. De aquí que el Sr. Cantú haga resaltar lo que hicieron en pro de la sana doctrina los Pontífices y Concilios, señaladamente el de Trento, el Santo Oficio de la Inquisición, las Ordenes religiosas, varones tan eminentes como los Santos Felipe Neri, Cayetano de Trieste, Carlos Borromeo, Francisco de Sales, Alfonso de Ligorio, el Beato Belarmino y prelados tan ilustres como Cayetano, Contarino, Lipomano.

Fúndase, por lo general, el erudito autor en buenos documentos, se muestra enterado de la historia eclesiástica y de las historias y biografías de los patriarcas de las herejías, y procura ser imparcial en sus juicios, aunque no siempre lo consigue. Con muy buen acuerdo se somete a la autoridad de la Iglesia, por si en alguna cuestión

inconscientemente se equivoca y sale del recto sendero de la verdad. En ciertos puntos, v. gr., en el análisis del sistema de Molina sobre la conciliación de la libertad con la gracia, en el de la licitud del probabilismo, se echa desde luego de ver que el autor no es teólogo de profesión; le faltan aquellos ápices y perfiles de los técnicos y profesionales. No se ostenta ni muy amigo ni devoto de los españoles. Sin titubeos acoge la especie falsa de que Carlos V «se mantuvo católico por cálculo», y no vacila en escribir que «tal vez, si se hubiese retardado, él mismo habría reunido el Concilio (de Trento)»; mientras que de Francisco I de Francia, el aliado de los turcos, a quien naturalmente denomina el rey caballero, testifica que «pretendía que el Concilio (tridentino) tuviese libertad para tratar todo cuanto quisiera». Y en esa augusta asamblea, en que tanto descollaron los Prelados españoles, llenándose de gloria inmortal por su firmeza y tesón en defender la libertad conciliar, por su incomparable sabiduría y profundos conocimientos teológicos y canónicos, no menciona ni uno siquiera de ellos, mencionando varios italianos. ¿No merecían un recuerdo las figuras gigantescas de los Pachecos, Guerreros, Ayalas, Navarros, Cuestas, Blancos, Alavas, González de Mendoza, Díaz de Lugo, Covarrubias, Vellosillos, etc., etc? En cambio atestigua erróneamente que «la discusión dogmática fué dirigida por los jesuitas españoles Láinez y Salmerón, y el ginebrino Le Jay representante del Cardenal Truchesses (*sic*) Obispo de Augusta». Da cabida a una porción de mentiras contra Felipe II, echadas a volar por los protestantes, como, v. gr., que desconfiaba de todo, que no respetó el asilo de la conciencia, que, al conocer la victoria de Lepanto, por toda alabanza, exclamó: «D. Juan ha arriesgado mucho; así como ha vencido pudo haber perdido.»

En el discurso 32 se comete una graciosa equivocación por trocar el apellido de Virués por el de Vives: «Más tarde habiendo sido condenado el doctísimo Vives por sospechas de luteranismo, Paulo III lo declaró inocente nombrándole Obispo de Canarias.» ¡Vives Obispo de Canarias! Esta noticia, como otras por el estilo, la tomó de Llorente; pero sotierra en el olvido lo que el ex-secretario de la Inquisición añade: que «fué necesario que Carlos V insistiese, pidiendo las bulas (para el benedictino Alfonso de Virués) hasta tercera vez, y diciendo al Papa que conocía a Alfonso mejor que sus émulos... El Sumo Pontífice condescendió al fin viendo el empeño



del Emperador, y Virués era en 1540 Obispo de Canarias.» Ciertas apreciaciones llevan el sello de ranciedad. Reputa a Abelardo «más célebre por sus contrariados amores que por sus conocimientos filosóficos, que confundiendo la dialéctica con la teología, pretendió anteponer la ciencia a la fe». Aquí se repite un concepto erróneo propagado por Pope. «En nuestros días los estudios de Denifle, dice Ghellinck, y de Gietl, perfeccionados por los de Deutsch, Vacandard y otros han dado a Abelardo en la Teología el mismo honroso lugar que le restituyeron Cousin y de Rémusat en la Filosofía.»

En ocasiones se muestra el ilustre autor tan artificioso y laberíntico en el dibujo de los personajes que a ciencia cierta no se atina a descubrir netamente su pensamiento. Escribe, por ejemplo, del famoso Savonarola: «Hombre de fe, de superstición, de genio, abundó en la caridad; creía en la inspiración personal, al contrario que Lutero, que todo lo confiaba al raciocinio; y por lo tanto, pueden recogerse en sus obras argumentos en pro o en contra suya, resultando también la idea de cómo había buscado la armonía de la razón con la fe y de la religión católica con las franquicias políticas... Su fama quedó suspensa entre el cielo y el infierno; pero su fin fué deplorado por todos y acaso en primer término por los mismos que le habían provocado». Hay en este retrato una mezcolanza de ideas difícilmente conciliables; más no se olvide el apotegma antiguo aplicable en este caso: *Bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu*. No es cierta la afirmación del autor de que Savonarola murió quemado vivo; se le ahorcó, y su cadáver se entregó a las llamas.

La traducción deja algo que desear, y los textos latinos se reproducen deplorablemente con harta frecuencia.

5. En el siglo precedente mereció bien de la Literatura Eclesiástica el preclaro sacerdote D. Emilio Moreno Cebada. Entre las obras que brotaron de su fecunda pluma se cuenta la intitulada: *Las Herejías, los Cismas y los Errores de todos los siglos. Historia General de los Extravíos de la razón humana con respecto al cristianismo. Escrita con presencia de las obras de los Santos Padres, de los más notables publicistas católicos y del Diccionario de las Herejías del abate Pluquet, por el presbítero D. Emilio Moreno Cebada, predicador de Su Majestad el Rey* (q. D. g.), *autor de la Historia General de la Iglesia, de las del Concilio Vaticano, las Religiones y otras obras científicas y literarias. Precedida del erudito discurso escrito por el abate Pluquet para el dicho Dic-*

*cionario, en el cual se explica cual fué la religión primitiva de los hombres y los cambios que han experimentado hasta el nacimiento del Cristianismo... Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.* Barcelona, Moreno y Roig, Editores, 1880. Son cuatro hermosos tomos en 4.º, bien impresos, de 717, 723, 739 y 685 páginas respectivamente; texto a línea tirada.

Va el esclarecido autor enumerando los descarrios de la mente del hombre por siglos. El primer volumen encierra los cinco primeros y relata 133 herejías. Empieza por Simón Mago y concluye en los eudoxianos; el segundo comprende desde el siglo VI hasta el XVI. Comienza por los incorruptícolas y termina por Zuinglio; reseña 128 errores; el tercero describe 128 extravíos humanos; 80 del siglo XVI y los demás del siglo XVII y XVIII. Principia por los anglicanos y acaba en los francmasones; el cuarto y último refiere una docena poco más o menos de sectas del siglo XIX, da comienzo por el blanchardismo, y fin por el mormonismo.

Antes de examinar las herejías de cada siglo pone una introducción, en que descubre el estado de la Iglesia y condiciones de la sociedad de aquella centuria y las circunstancias que ocasionaron las principales aberraciones en materias religiosas. Luego pasa al recuento y descripción particular de cada uno de los errores. En algunos por su importancia, revoluciones y trastornos que han producido, se detiene más y les dedica varios párrafos. Así acaece con el maniqueísmo, arrianismo, abolición del culto de los santos pregonado por Vigilancio, y pelagianismo. Sobre todo concede grande atención y hace un especialísimo estudio del protestantismo y de sus adalides y abanderados Lutero y Calvino. No se limita a la exposición mera de las herejías, sino que en ocasiones las refuta aduciendo varios argumentos, y patentiza los absurdos y extravagancias que contienen y las consecuencias lastimosas que de ellas se derivan.

Los fundamentos en que se apoya su historia decláralos suficientemente el autor por estas palabras: «Al emprender esta obra no nos propusimos presentar un trabajo completamente original, sino ofrecer a los ojos del lector cuantas noticias de interés encontráramos en las obras consultadas. Así se habrá visto que al lado de nuestros pobres trabajos y explicaciones hemos reproducido bellos artículos de célebres escritores, muy especialmente del Diccionario de las Herejías, del abate Pluquet y del Teológico de Bergier, que nos han ofre-

cido dos ricos manantiales». En efecto, se observa que sigue mucho las huellas de Pluquet, y que el Diccionario de éste le ha servido de patrón y luz para trazar su Historia. A veces presta un exagerado crédito a los autores que estudia, y no confronta y carea sus afirmaciones con documentos fehacientes. Por eso no vacila en dar por bueno el comercio de Simón Mago con el demonio, y su vuelo por los aires y en admitir la sentencia confusa y turbia que Amat atribuye a San Agustín de que la gracia no se concede a todos los hombres por justo juicio de Dios.

No quiere significar esto que no discurra por cuenta propia o que en todo sea un mero copista de sudores ajenos. Justifica, v. gr., con vigoroso raciocinio propio al diácono Nicolás, puesto por no pocos en el censo de los herejes, y pone de manifiesto que Orígenes cayó en errores por obcecación, pero que ni perdió la fe ni se alzó en rebeldía contra la Sede Apostólica.

Tal vez se pueda tachar al Sr. Moreno Cebada de difuso y algo declamador; pero hay que confesar que su Historia General de los extravíos de la razón humana derrama bastante luz en ciertas cuestiones, y es un arsenal de noticias aprovechables y con frecuencia interesantes.

Otro tratado incluye la obra del Sr. Moreno, del que conviene hacer singular mención por escasear en nuestra patria los libros de su género. «Para terminar, escribe el docto autor, ofrecemos a nuestros lectores una traducción abreviada del Diccionario de los Jansenistas, añadido al de las herejías del nombrado Pluquet, y cuya importancia salta a la vista». Y, efectivamente, en el tomo cuarto se contiene un apéndice que ostenta este título: *Diccionario de los jansenistas conteniendo un resumen de la vida de cada uno de ellos y examen crítico de sus libros traducido y compendiado por D. Emilio Moreno, pre-dicador de S. M. el Rey (q. D. g.), etc.*

Encabeza la lista por Agier (Pedro Juan) y la finaliza en Zola (José) profesor de Historia eclesiástica en Pavía. 211 autores son contados como jansenistas en los Indices del libro. De cada uno de ellos ofrece algunos rasgos biográficos y una reseña algo superficial y somera de los libros que compusieron. En el Catálogo jansenista se ven inscritos los nombres de Arnauld, Barco, Bayo, Gerberon, Habert (Luis), Hennebel, Enrique de San Ignacio, Jansenio, Lalane, Loger, Montazet,

Nicole, Opstraet, Pascal, Quesnel, Ricci, Saint-Cyran, Tamburini y Van-Espen, por no citar sino los más conspicuos.

Solamente aparecen cuatro españoles: Ben-Ezra; es a saber, el P. Lacunza, S. J., Félix y Elipando y D. José Climent. A este último se le afilia al partido jansenista, porque «dió una Instrucción pastoral sobre los estudios, que fué denunciada a causa de un pasaje favorable a la Iglesia de Utrecht». A los otros tres no acertamos a comprender por qué razón se les cuelga la venera de la secta. Con mejor derecho y con verdadera razón podrían reclamar su puesto entre los secuaces de Jansenio otros escritores españoles como, por ejemplo, el Padre Antonio González de Rosende, D. Joaquín Lorenzo de Villanueva y el P. Florencio Conry que, aunque irlandés, se formó en España, y de quien afirma abiertamente el P. Bertoni, O. S. F. en *Le Bienheureux Jean Duns Scot*, página 491, que fué favorable al jansenismo, y Mr. Renehan, en su *Irish Archbishops*, tom. I (Dublín, 1861), que defendió doctrinas que no diferían, como era menester, de las del doctor Jansenio.

Pero el Sr. Moreno Cebada no intentó más que trasladar a la lengua de Cervantes y abreviar el Diccionario jansenista; por eso no puede exigírsele nada nuevo. Indudablemente, con su trabajo, se ha hecho acreedor a los aplausos de los eruditos, por haber contribuído a esclarecer el asunto del jansenismo, tan importante e instructivo y tan poco estudiado en nuestra patria.

A. PÉREZ GOYENA.

